

«Una vez el pequeño niño fue a la escuela. Era muy pequeñito y la escuela muy grande. Pero cuando el pequeño niño descubrió que podía ir a su clase con sólo entrar y por la puerta del frente, se sintió feliz. Una mañana, estando el pequeño niño en la escuela, su maestra dijo: Hoy vamos a hacer un dibujo. -¡Qué bien!- pensó el niño, a él le gustaba mucho dibujar, él podía hacer muchas cosas: leones y tigres, gallinas y vacas, trenes y botes. Sacó su caja de colores y comenzó a dibujar, pero la maestra dijo: -Esperen, no es hora de empezar-, y ella esperó a que todos estuvieran preparados. -Ahora-, dijo la maestra, -vamos a dibujar flores-. -¡Qué bien!-, pensó el niño, -me gusta mucho dibujar flores-, y empezó a dibujar preciosas flores con sus colores. Pero la maestra dijo: -Esperen, yo les enseñaré cómo-, y dibujó una flor roja con un tallo verde. El pequeño miró la flor de la maestra y después miró la suya, a él le gustaba más su flor que la de la maestra, pero no dijo nada y comenzó a dibujar una flor roja con un tallo verde igual a la de su maestra.

Otro día cuando el pequeño niño entraba a su clase, la maestra dijo: -Hoy vamos a hacer algo con barro-. -Qué bien-, pensó el niño, -me gusta mucho el barro-. Él podía hacer muchas cosas con el barro: serpientes y elefantes, ratones y muñecos, camiones y carros y comenzó a estirar su bola de barro. Pero la maestra dijo: -Esperen, no es hora de comenzar-, y luego esperó a que todos estuvieran preparados. -Ahora-, dijo la maestra, -vamos a moldear un plato-. -¡Qué bien!- pensó el niño, -a mí me gusta mucho hacer platos-, y comenzó a construir platos de distintas formas y tamaños. Pero la maestra dijo: -Esperen, yo les enseñaré cómo-, y ella les enseñó a todos cómo hacer un profundo plato. -Aquí tienen-, dijo la maestra, -ahora pueden comenzar-. El pequeño niño miró el plato de la maestra y después miró el suyo. A él le gustaba más su plato, pero no dijo nada y comenzó a hacer uno igual al de su maestra. Y muy pronto el pequeño niño aprendió a esperar y mirar, a hacer cosas iguales a las de su maestra y dejó de hacer cosas que surgían de sus propias ideas.

Ocurrió que un día, su familia, se mudó a otra casa y el pequeño comenzó a ir a otra escuela. En su primer día de clase, la maestra dijo: -Hoy vamos a hacer un dibujo-. -Qué bien-, pensó el pequeño niño y esperó que la maestra le dijera qué hacer. Pero la maestra no dijo nada, sólo caminaba dentro del salón. Cuando llegó hasta el pequeño niño ella dijo: -¿No quieres empezar tu dibujo?-, -Sí, ¿qué vamos a hacer?-, dijo el pequeño, -No sé hasta que tú no lo hagas-, dijo la maestra. -¿Y cómo lo hago?- preguntó. -Como tú quieras-, contestó. -¿Y de cualquier color?-. -De cualquier color-, dijo la maestra. -Si todos hacemos el mismo dibujo y usamos los mismos colores, ¿cómo voy a saber cuál es cuál y quién lo hizo?-. -Yo no sé-, dijo el pequeño niño, y comenzó a dibujar una flor roja con el tallo verde.»

*Cuento. Helen Buckley.*

